

Los arzobispos primero y Alfonso X el Sabio después acertaron en la elección del momento y aprovecharon sus circunstancias y decidieron impulsar, patrocinar y encauzar aquel movimiento cultural de convivencia científica y racial subvencionando versiones de los libros científicos y religiosos. Fueron llegando a Toledo los que luego pasarían a engrosar las listas de traductores y que provenían de cualquier parte de Europa y que hacia allá, a las recién creadas universidades, llevarían la cultura que se hacía por aquí. Gracias a los traductores, a las traducciones, a los arzobispos y al rey Alfonso X el Sabio, no sólo Toledo, sino España, se convirtió en «eslabón entre Oriente y Occidente».

Estamos en 1126 y era muy pronto todavía, en el ritmo de aquellos tiempos, para que los cristianos toledanos hablaran algarabía. Sin embargo, era el momento exacto y preciso para que el arzobispo don Raymundo de Sauxetat iniciara e impulsara en Toledo la labor de los equipos de traductores, cuya misión sería verter al latín las obras de los filósofos árabes y de los pensadores griegos ya traducidos y glosados en árabe. A partir de este momento Toledo va a ocupar durante más de un siglo un puesto de preeminencia. La actividad cultural que se desarrolla está en consonancia con lo que se hacía en las grandes escuelas de Europa, Chartres, Santa Genoveva, Notre-Dame, y junto con los nombres de Abelardo, Gilberto o Juan de Salisbury debemos colocar a Domingo Gundisalvo y, a su compañero en los trabajos de traducción, Ibn Daoud ¹¹.

¿Cómo arreglárselas para verter al latín el legado cultural árabe depositado en las bibliotecas toledanas? Hoy la tarea de traducir es relativamente simple: una persona conoce la lengua en la que está escrito el texto, lo lee, sabe la lengua propia a la que quiere traducirlo, lo traduce en esta lengua y su labor termina aquí. Pero en esto hay tantos elementos que es una maravilla de nuestros días, no lo bastante ponderada, el que estos elementos se den en una misma persona. Y puede servirnos de prejuicio al imaginar las traducciones de los tiempos a los que nos estamos refiriendo, en los que era difícil que todos esos elementos se diesen juntos en una misma persona. ¿Qué pasaría, por ejemplo, si quien sabía árabe no sabía leerlo o no sabía latín; si quien sabía leer y escribir latín no sabía árabe o no sabía leerlo? Se imponía, por tanto, la colaboración de otra persona. Iban a ser dos los que trabajarían juntos en la misma empresa.

2.1. *Las traducciones*

Un análisis crítico de las tempranas traducciones medievales y hasta el testimonio mismo de los autores nos revelan los personajes y las lenguas que solían interponerse como intermediarios.

¹¹ Cfr. A. GONZÁLEZ PALENCIA: *Moros y cristianos en la España medieval*, CSIC, Madrid, 1945; A. DE LOS RÍOS: «Toledo en los siglos XII y XIII según los documentos mozarábigos», *Rev. de Archivos, Bibliotecas y Museos*, III época, XI, págs. 254-263. 1904; R. MENÉNDEZ PIDAL: *op. cit.*; *Idem*, *España eslabón entre la cristiandad y el Islam*, Espasa-Calpe, Madrid, 1956; J. M. VALLICROSA: *Las traducciones orientales de los manuscritos de la catedral de Toledo*, CSIC, Madrid, 1942; *Estudios sobre la historia de la ciencia española*, CSIC, Barcelona, 1949.

Tenemos un antecedente típico con el que podemos comparar las traducciones toledanas. Se trata de la traducción del *Corpus Dionisyacum* hecha varios siglos antes, en el renacimiento carolingio, cuando Occidente tuvo un contacto efímero con el Oriente bizantino. En la Abadía de San Dionisio, donde se efectúa la traducción del *Corpus Dionisyacum*, eran tres los personajes que trabajaban sobre el mismo texto: uno leía en voz alta el texto griego, otro lo traducía oralmente al latín y un tercero lo transcribía al latín. Los manuscritos griegos escritos en letra uncial, sin separaciones de palabras y casi ninguna puntuación, hacían difícil la lectura, de tal modo que no todos eran capaces de leerlos. Además, el lector estaba expuesto a muchos errores de lectura, como consta de hecho por las obras traducidas. Al lado del lector del texto griego estaba el oyente traductor al latín, cuya traducción hacía de viva voz, y su presencia la constatamos también por los errores de tipo fonético esta vez y que volvemos a encontrar en las obras traducidas. No terminaba aquí toda la operación. Había que transcribir y sólo algunos estaban capacitados. Un monje copista, que sería el oyente de latín, se encargaba de transcribir la traducción latina que oía. El copista puede entender mal, bien por mala puntuación del oyente-traductor, bien por defecto de oído del propio oyente-copista. Nuevos errores posibles venían a sumarse a los anteriores ¹².

En el siguiente esquema podríamos resumir todo el complicado conjunto de personajes que intervinieron en esta traducción:

Lengua griega			Lengua latina			
Obra en griego	Lector de griego (1)	Locutor en griego (2)	Oyente de griego (3)	Locutor en latín	Oyente en latín (4)	Escritor en latín (5)
	Personaje 1.º (lector en alta voz)	Personaje 2.º (traductor en alta voz)		Personaje 3.º (transcriptor de oído)		

(1) Posible error de lectura; (2) errores de tipo fonético; (3) errores de traducción; (4) errores de oído; (5) errores de transcripción.

En este caso, no podemos hablar de una lengua intermediaria. Había, sin embargo, tres personajes, uno de los cuales era simple intermediario entre los otros dos y dominaba las dos lenguas. Era, propiamente, el traductor.

¿Cómo se traducía en Toledo? Una frase del prólogo del *Liber de Anima* de Avicena, traducido en Toledo por el equipo formado por Ibn Daoud Gundisalvo, puede ayudarnos a describir el mecanismo de las primeras traducciones toledanas: «Me, habla Ibn Daoud, *verba vulgariter proferente, et Domino Archidiacono* (referencia a Domingo Gundisalvo, Arcediano de Segovia, residente en Toledo), *singula in latinum convertente ex arabico translatum*». Ibn Daoud y Gundisalvo tenían que traducir al latín un texto cuyo original estaba en árabe. Ibn Daoud era judío converso que había vivido

¹² Cfr. G. THERY: *Tolède grande ville de la Renaissance Médiévale*, Orán, págs. 40-43. 1944.

en territorio musulmán y en la actualidad era castellano. Conocía el árabe y la lengua romance, pero desconocía el latín. Su compañero de trabajo, Domingo Gundisalvo, conocía la lengua romance y el latín, pero desconocía el árabe, en ese momento. ¿Cómo trabajaban estos dos personajes? El judío converso lee el texto árabe, lo traduce mentalmente al romance, dicta la traducción en romance y llega hasta los oídos de Gundisalvo, que lo traduce mentalmente, primero al latín y lo transcribe, después, en latín ¹³. En la Abadía de San Dionisio y en el Renacimiento Carolingio, teníamos tres personajes y dos lenguas: griego y latín; aquí, en Toledo, y en el Renacimiento del siglo XII, tenemos dos personajes, un judío y un cristiano, usando tres lenguas: árabe-romance-latín.

También aquí y ahora podemos hacer un esquema del modo de proceder en sus traducciones del equipo formado por Ibn Daoud-Gundisalvo como lo hicimos con el modo de proceder de los monjes de la Abadía de San Dionisio:

Lengua árabe		Lengua romance		Lengua latina	
Obra en árabe	Lector de árabe (1)	Locutor en romance (2)	Oyente de romance (3)	Escritor en latín (4)	Obra en latín
Personaje I (judío)			Personaje 2 (cristiano)		
(Lector en alta voz y traductor oral)			(Oyente, traductor mental y transcriptor de los traducido por él)		

(1) Posible error de lectura, (2) posible inexactitud de traducción al romance, (3) posible error de oído, (4) posible inexactitud de traducción al latín y posible error de escritura.

El romance, que era común a los dos personajes, y que se interponía fugazmente entre el árabe y el latín, era la lengua intermedia y lo traducido al romance no se escribía todavía, tenemos que esperar la llegada de Alfonso X el Sabio, sino que era un simple vehículo y paso necesario para escribir la obra en latín. Había dos personajes: el judío que, además de árabe, sabía romance, aunque no latín y leía el árabe y el cristiano que, además de romance, sabía hablar y escribir latín, aunque en el caso de Domingo Gundisalvo y en esa época, no sabía árabe. Los dos personajes eran traductores, aunque la traducción a una lengua estaba subordinada a la traducción de la otra.

Las traducciones de Ibn Daoud-Gundisalvo y su actividad se centraron, aunque no exclusivamente, en las obras de al-Kindi, al-Farabi, Ibn Sina, al-Gazali, Costa ben Luca. Todos estos autores árabes pasan luego a engrosar el caudal de conocimiento en el siglo XIII llegando a la recién nacida Universidad. Vemos cómo dos mundos diferentes llegan a unirse. Dos culturas diferentes se encuentran en la Edad Media gracias a la labor de unos hombres que se dedicaron a traducir y, gracias a esa unión, llegó hasta nosotros el pensamiento y la ciencia de los autores árabes.

¹³ Cfr. M ALONSO: *Notas sobre los traductores toledanos Domingo Gundisalvo y Juan Hispano*. Al-Andalus, 7 (1943) 155-188; CH. H. Haskins. *The Renaissance of the Twelfth Century*. Cambridge, Harvard Univ. Press., 1971.